

SERMON

DE LA

Preciosa Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo

PREDICADO EL 11 DE JULIO DE 1856
EN LA CATEDRAL DE PUEBLA

POR EL

PBRO. FRANCISCO FLORES

CURA DE VERACRUZ

*Gratificavit nos in dilecto Filio suo in
quod habemus redemptionem per sangui-
nem ejus.*

S. P. á los Ef., cap. I, vs. 6 y 7.

ILLMO SEÑOR:

Como Dios es nuestro último fin y el principio de toda felicidad, el hombre jamás puede llamarse feliz si no está íntimamente unido con Dios por la gracia. Antes que la humanidad perdiera la inocencia; cuando brillaba sobre su frente una espléndida aureola de gloria; para ser dichoso le bastaba conservar los magníficos dones que había recibido en la creación. Vino su espantosa caída; se dejó engañar por Satanás y mas todavía por su orgullo; quiso llegar por el odio y la rebelion á su última felicidad y con esto se abrió una ancha senda cubierta de es-

pinas y abrojos. Perdida la luz que lo iluminaba en el paraíso, de improviso quedó envuelto en una eterna noche; rota la vestidura de la inocencia se avergozó luego de su asquerosa desnudez.

¡Triste condicion del hombre! exclama San Agustin. Habiendo sido cometido el pecado por el hombre, él era quien debía expiarlo. Mas ¿cómo? Un ser miserable y corrompido, abandonado á sus propias fuerzas ¿seria posible que se elevara á un mérito inmenso, á una santidad eterna para ofrecer á Dios una satisfaccion infinita por la desobediencia de su origen y sus pecados actuales? A la infinita Majestad solo un Dios podia dar una recompensa digna de si; la reconciliacion del hombre delincuente con el autor de su sér, parecia absolutamente imposible; su pérdida era inevitable; su vida no tenia esperanza; su muerte era sin remedio. Mas aquello que era imposible á la miseria humana fué posible á la infinita caridad de Dios por medio del misterio sangriento de la Cruz. El Verbo Divino se hizo hombre y entonces, segun David, encontrándose en Jesucristo la justicia y la misericordia, se abrazaron, se dieron un ósculo de paz, se unieron y triunfaron constituyéndolo Redentor.

Ya vemos que aquellos títulos de majestad y de grandeza que el Señor se granjeó en la antigua ley, cuando con su presencia hizo estremecer todo el desierto, humear el Sinaí, retroceder las corrientes del Jordan y postarse los mas altos cedros del Líbano, en la ley de gracia se mudaron en títulos de misericordia y en trofeos de su amor. Antes no se presentaba á los hombres sino en su trono de nubes y de relámpagos; celoso de su honra era vengador de sus injurias. ¡Cuántas veces dejó sentir sobre los ingratos el peso de aquella justicia! Justicia que, segun la pinta un sabio, fué como el celebrado rio de la Escritura que, á pesar de su débil origen, sacó de su quicio los montes, como la partícula de fuego que con el pábulo reduce á pavesas las ciudades mas populosas, como el rayo que agitado en las nubes tiene por débil

impedimento las mas esforzadas torres. Ahora temple los fervores de su ira con las blanduras de su misericordia; ejerce su bondad como á excusas del rigor y sin que precediese ningun mérito por nuestra parte: *nos hizo agradables en su amado Hijo en el cual tenemos la redencion por su sangre*. Por su sangre, porque con ella desarmó la justicia, dilató la misericordia, abrió el camino, nos franqueó la gloria. Con ella Jesucristo detuvo el torrente impetuoso de sus venganzas y tiene la oliva en la mano como el emblema de la reconciliacion, ó mas bien, ya no es el Dios que en el diluvio quitó los pecados del mundo acabando con los pecadores, sino el Cordero de Dios que los borra con su sangre, dando vida á los hombres de todas las generaciones.

Hé aquí la redencion por su sangre; redencion universal y eterna. Universal, porque esa preciosa sangre por la que nos viniera, fué tan abundante, que dilatándose como su misericordia, no se agotó con la multitud de los redimidos. Eterna, porque su virtud es tan permanente que no se ha secado, ni se borrará, con el trascurso del tiempo. Razon porque voy á demostrar que *la redencion que tenemos en Jesucristo por su sangre, fué comun á todos los hombres por su extension, y comun á todos los siglos por su duracion*.

Salvador Divino, para hablar dignamente de esa preciosa sangre con que nos redimiste y que por lo mismo el dia de hoy aclamamos nuestra libertadora, te suplico ilumines mi entendimiento y purifiques mis lábios. Esta gracia espero alcanzar por la intercesion de Maria Santísima, á quien para el efecto saludo con el Angel.—**Ave María.**

PRIMERA PARTE.

1. Así como todos pecamos en Adan, porque la unidad de todos los hombres entre sí lleva consigo la idea de una responsabilidad comun; así tambien todos fuimos redimidos en Jesucristo, porque obrando en cualidad de segundo Padre del linaje humano, sus misterios, aunque personales, fueron comunes á toda la humanidad, y porque el padecer por los pecados de un representante no seria justo ni conveniente si no nos fuera dado el merecer por los méritos de un sustituto. De aquí, si Dios castiga hasta en su última generacion el pecado de unos padres delinquentes, tambien perdona y salva á hijos criminales por los méritos de sus ascendientes. Noé, inspirado por Dios, maldice en Canaan á toda su posteridad, y el Eterno le anuncia al patriarca Abraham que de su descendencia saldria un vástago en quien serian benditas todas las generaciones. Igual promesa y en los mismos términos se hizo á Isaac y á Jacob, é iluminado este último con nueva luz en el lecho de la muerte, señala á la tribu de Judá como la destinada para dar á luz al que era la esperanza de las naciones. Y ¿quién no reconoce que el prometido era el Mesías por quien vendrian las bendiciones del cielo, que bajo la idea consoladora de un libertador rompería las cadenas que el hombre se habia forjado en la fragua de su delirio, apartando la maldicion de la tierra? El Profeta, hablando como un evangelista, ya nos habia explicado el misterio de la redencion, cuando al anunciar los trabajos del Salvador dijo: *No tiene hermosura ni belleza en su parecer; pusimos en él los ojos y le vimos desfigurado; tomó sobre sí nuestros pecados, fué lla-*

gado por vuestras iniquidades y el castigo del cual naciera nuestra paz con Dios, descargó sobre él, salvando vuestras enfermedades con la sangre de sus heridas.

2. Este fué el grande y profundo misterio que el Apóstol nos reveló, cuando hablando del crucificado dijo: "¿Veis ese divino cuerpo pendiente de una cruz? Pues no está ahí el cuerpo de un solo hombre, sino tambien nuestro hombre viejo; nuestra humanidad culpable ha sido crucificada en Jesucristo á fin de que la inmensa deuda que contrajo por el pecado, por este medio fuese borrada, destruida y aniquilada. De consiguiente, cuando el Hijo de Dios exhaló el último suspiro y consumió aquel gran drama del mundo que trajo su origen desde el primer suspiro del hombre delincuente: la redencion fué universal, porque él defendió nuestra causa, tomó á su cargo nuestros intereses, mereció por nosotros, á todos nos redimió. Pero no nos redimió con sus lágrimas, mas cristalinas que el puro rocío del cielo, no con los suspiros de su corazon, mas tiernos que el *tay!* de las virgenes, no encomendando su espíritu al Padre en una muerte natural y comun, sino muriendo en manos de la violencia, hecho un varon de dolores y con toda la efusion de su sangre. Porque vino á ponerse en lugar del hombre, y debiendo el castigo proporcionarse al delito, ya estaba obligado el hombre á ofrecer á Dios en sacrificio su misma sangre, porque en ella estaba radicada la primitiva culpa. Hé aqui por qué Jesucristo, con un aparato sangriento allá en la cumbre de la humildad, tremoló el estandarte glorioso de la redencion.

3. A este fin se encaminaban todos los sacrificios de la antigua ley; la sangre de tantos animales derramada desde entonces no era mas que figura de la que se vertiria en el Calvario. Y en el Levítico ¿no estaba mandado que casi todas las cosas fueran purificadas con sangre? El libro de la ley, el tabernáculo y todos los vasos destinados al sagrado ministerio eran lavados con ella. Los sacerdotes mismos no podian acercarse á Dios sin ofre-

cerle sacrificios, y el primero que ofreció Abel despues de la tragedia paradisáica, solo fué acepto á Dios por lo que tenia de sangriento, pues despreció con enojo el de Caín que consistió en los frutos de la tierra, porque sin efusion de sangre no hay remision, dice el Apóstol. Y cuando todas las figuras iban á tener su realidad, cuando las mas oscuras sombras iban á disiparse, Jesucristo, dando á su conversacion un encanto nuevo é inexplicable, les dice á sus discípulos en el Cenáculo: "Este es, á la verdad, el cáliz de mi sangre del Nuevo y del Antiguo Testamento, que se derramará por vosotros y por muchos para la remision de los pecados." De manera que así como el Eterno en el Apocalipsis entrega á los ángeles la copa de su furor para verterla sobre todas las naciones, aquí el Padre pone en manos de su Hijo el cáliz de su misericordia para que la vierta sobre los pecadores, porque ésta es la sangre del Nuevo Testamento que apaga los rayos de la eterna justicia y reconcilia á un Padre irritado con unos hijos indóceles. Esta es la sangre del Cordero que, pasando por los labios, va á teñir las puertas del corazon y aparta al ángel exterminador. Ella tiene mas virtud y eficacia que la de tantas víctimas desechadas, y consolida una alianza no con un solo pueblo, sino con todos los de la tierra, porque es comun á todos los hombres por su extension.

4. Su virtud y eficacia es tan universal, que segun Casiodoro es comparada á un diluvio que anegando todo el universo lo lava de sus inmundicias; y aunque esto mismo puede decirse de una sola gota de la sangre de Jesucristo, su Majestad la derramará con tanta abundancia, que nos es imposible hablar de ella sin trasladarnos con los recuerdos y un corazon agradecido al Huerto de Getsemani, regado y humedecido con esa divina Sangre, sin andar con la consideracion y el alma traspasada de dolor las calles de Jerusalem teñidas con ese precioso licor, sin subir llenos de compasion é iluminados con la fe al último lugar de su pasion, todo perfumado con este

bálsamo de la salud. ¡Ah! creemos asistir al espectáculo sangriento; creemos escuchar aquellas palabras de salud y de amor que salieron de los labios de la Víctima, presenciando el insolente clamoreo de las turbas que se rebelan contra el Redentor; parece que oímos aquella voz que hiende los cielos para desarmar la cólera del Padre en favor de un pueblo ciego de furor; parece que sentimos el tránsito á la inmortalidad, á esa inmortalidad cuyo precio no es el oro ni la plata corruptible, sino la sangre de Jesucristo; esa Sangre con que el hombre retocó su antigua semejanza con Dios; esa Sangre que á un ladrón arrepentido le abrió las puertas del paraíso para que fuese de su gloria el primer testigo; esa Sangre que, saliendo á borbotones de todo su santísimo cuerpo, cayó sobre la Magdalena en quien estaban representados todos los pecadores. ¡Oh Sangre preciosa, néctar divino, fuente inagotable, bálsamo oloroso! Tú, saliendo de las venas del Redentor á impulsos de su amor, caíste sobre las piedras del Gólgota á la manera de una lluvia apacible, y descendiendo por sus laderas en torrentes de misericordia, veniste á fertilizar este valle de lágrimas, árido de por sí, cubierto de espinas y abrojos que al hombre le causaban la muerte; porque secas sus plantas, envejecidos sus árboles, agostadas sus yerbas, en medio del estruendo de los huracanes y de los impetuosos torbellinos que se levantaban en sus horizontes; sus fuentes no destilaban mas que ponzoña, hálito de aquella serpiente que engañó á nuestros primeros padres. Pero la lluvia fué universal y ese Dios que la derramara, á mas de empapar el aire, como dice San Bernardo, salpicó á todo el mundo para pagar con cada una de sus gotas la deuda del hombre insolvente, sin excluir al pobre ni al rico, al que está cerca ni al que está lejos, pues semejante á aquel viento abrasador que arrebató la muchedumbre de langostas que destruían la tierra de Egipto, para ahogarlas en el Mar Rojo, así la sangre de Jesucristo para limpiar el mundo se extendió á cuanto mira el sol y á cuanto alcan-

za todo el orbe de la tierra, ahogando nuestros pecados en el mar inmenso de su Preciosa Sangre, pues fué común á todos los hombres por su extension, y lo es á todos los siglos por su duracion.

SEGUNDA PARTE.

5. Una nueva era de salvacion comenzó ya para el mundo; cumpliéronse las profecias y Jesus, colocado en medio de los aires, abarcándolo todo con sus brazos extendidos, fué el signo de reconciliacion de toda carne hasta que terminó el tiempo, ocupando el hombre un lugar muy distinguido en el corazon de Dios; por él vino al mundo en el tálamo de la Cruz, se desposó con la humanidad y despues de haberlo redimido Dios y Hombre verdadero, subió á los cielos para no olvidarlo jamás; y si Adán contó con los méritos de su Sangre, con ellos se contará hasta la consumacion de los siglos, porque la mision de su reinado fué el morir por los hombres de todos los tiempos y de todas las edades. Sí, esa oblacion sola, esa satisfaccion generosa que Jesucristo dió en un tiempo, desafia á la misma eternidad por su duracion, y su virtud expiatoria comenzó desde el primer día para no cesar jamás, porque habiendo venido en cualidad de Redentor á librarnos de la esclavitud de Satanás por medio de su Sangre, con ella nos firmó una eterna paz, esa paz firme

é inalterable que como merced de un plausible suceso, anunció á los hombres por medio de los ángeles, cuando recién nacido se dejó ver en las cercanías de Belén. Esa paz verdaderamente divina y encantadora, que como prenda de su futura gloria dejó á los apóstoles para consolarlos, despues de haber destruido nuestra muerte muriendo en medio de dos bandidos, despues de haber restablecido la vida de la gracia; pero antes de subir á los cielos, antes de elevarse sobre la nube resplandeciente que le sirvió de carro para entrar victorioso en su reino, donde conducirá tambien en triunfo á los justos de todos los siglos. Si con las manos llenas de su Sangre abrió las puertas del verdadero santuario, que es el cielo, no fué para entrar él solo, sino para hacernos entrar con él; ya habia triunfado del enemigo comun que nos lo impidiera y cargádose con sus despojos haciendo una redencion completa.

6. A pesar de esta victoria el demonio emplea toda la fuerza de sus tentaciones para conservar la presa; mas Dios, fiel á la promesa de que nos libertará en el día de la tribulacion; desde el cielo acaba de combatir contra él, le quita esa injusta posesion en que intenta mantenerse, nos sostiene por su Sangre y nos pone en el goce pacífico de los derechos á su gloria, siendo ésta la materia de los triunfos que conseguirá Jesucristo hasta que acabe el mundo, porque su reino no tiene fin.

7. Por otra parte, ¿no es un sacerdote Eterno segun el órden de Melquisedec por quien serán ofrecidos hasta la consumacion de los siglos los sacrificios, las oraciones y los votos de los hombres? ¿No es un Pontífice, segun San Pablo, cuyo ministerio comienza desde que entró en el santuario de la reconciliacion por su Sangre? Habiendo inmolado la víctima, es decir, su Cuerpo, en el Calvario, para desempeñar el oficio de gran sacerdote del que no habia sido mas que figura el de la antigua ley; ahora, revestido con la púrpura de su Sangre hermosa con la estola de su inmortalidad y adornado con el pectoral de sus

lagas allá en el cielo le ofrece á su Eterno Padre, no una oblation pasajera y momentánea, sino una oblation eterna por la que comparece ante él como el abogado y el Redentor de todos los siglos.

8. ¡Ah! ¿qué seria de las generaciones venideras si la virtud de la Sangre de Jesucristo no fuera eterna? ¡Triste condicion de los que vivieran hasta la última revolucion de los tiempos! Verian con sentimiento y envidia el corto número de unos redimidos que por no haber nacido con ellos solo eran unos desgraciados; pero su soberana virtud no se ha amenguado y cuando cesen de correr los tiempos y se recojan los espacios en las eternas alturas, siempre será el premio de nuestra gloria. Si las manos del Salvador estando cautivas y aseguradas con duros clavos en el sacro y argusto madero, tuvieron bastante fuerza para arrancar de Dios el decreto de muerte fulminado contra nosotros, ¿cuál será su virtud ahora que en el cielo se encuentran libres, triunfantes y victoriosas? Si la ira y la cólera del Padre á la vista del corazon espirante de su Hijo se convirtió en dulzura y clemencia, ahora que ese mismo corazon permanece abierto en su presencia ¿será indiferente á nuestras misérias? ¿se olvidará de nosotros en la mansion de su gloria, ese Padre, ese Dios, ese Pastor que dió la vida por sus ovejas? ¿Cómo! ¿no hemos sido todos de aquellas gloriosas cicatrices con que él se engalana en el cielo? ¿no estamos ungidos con su Sangre, no somos los hijos queridos de su dolor? ¿no ha protestado que aunque su Sangre sea olvidada por los ingratos, él jamás dejará de experimentar las mas tiernas emociones en favor de aquellos cuyos nombres están grabados en sus mismas manos? El ofrece al Eterno Padre nuestras súplicas, nuestros suspiros y oraciones, y se las hace aceptables por la virtud de su Sangre; él le presenta sin cesar sus humillaciones y tormentos y por la presentacion de sus llagas cuyas cicatrices conserva, mueve las entrañas de la divina misericordia, y arranca como á la fuerza sus gracias. Su Sangre cla-

ma: pero muy de otra manera que la de Abel, dice San Pablo, porque pide misericordia para nosotros en vez que la de Abel, clama justicia y venganza contra el crimen de su hermano.

9. Luego esa Sangre preciosa que hoy adoramos, así como antes de derramarse santificó á los justos y penitentes de aquellos tiempos, así despues de su efusion salvará á los inocentes y pecadores de todas las épocas que quieran aprovecharse de ella, porque fué comun á todos los hombres por su extension, y á todos los siglos por su duracion.

10. Regocijémonos, por tanto, en ese manantial eterno de riquezas y de gracias que tenemos en la sangre de Jesucristo, porque ella es el simbolo de su amor, la llama abrasadora de su caridad y la prenda segura de su gloria; con ella nos dejó marcado el camino del cielo y para ser felices solo nos resta el poner atentamente nuestros piés sobre el rastro sangriento y glorioso de sus pisadas; así lo hicieron los mártires y confesores que han ido á aumentar el número de las santas falanges; así lo practicaron los padres del Yermo que teniendo una vida angélica convirtieron los desnudos desiertos en pensiles del paraíso, y así debemos hacerlo todos nosotros convirtiendo nuestros ojos en dos fuentes de lágrimas, y encumbrándonos al áspero monte de la penitencia, para que allí, humillados ante el trono de la Divina misericordia, imploremos el auxilio de esa preciosa Sangre que derramada por todos los hombres y para todos los siglos, nos hizo y nos hará eternamente felices, que es lo que os deseo.

SERMON

DEL

DIVINO REDENTOR

PREDICADO EN LA CATEDRAL DE PUERLA EN 1865
POR EL SEÑOR CURA DE HUAMANTLA

D. BARTOLOME ROJAS.

Totus enim decebat ut nobis esset Pontifex sanctus innocens impollutus aggregatur a peccatoribus et excelsior ceteris factus.

S. P. ad H., VII, 26.

SEÑORES:

Acabadas tenia el universo sus revoluciones en el espacio correspondiente á sus cuatro mil años sobre la faz de este globo. Se habian visto nacer, morir y levantarse pueblos poderosos. La fortuna de las naciones y su gloria estaban entonces en poder de romanos. Diez y ocho siglos hace en tanto que, fastidiado del gran ruido y ostigado de tanta gloria se adormecía profundamente el mundo entero en las rodillas de Tiberio. En una provincia del oriente, de ese oriente, cuna del linaje humano y patria de las cosas grandes; en el seno de

una tierra famosa ya en los fastos de la verdad religiosa, sembrada de milagros; en el centro de la Judea, que Dios había escogido para ser el santuario de las edades primitivas, estaba para cumplirse el grande acontecimiento que había de cambiar los destinos del hombre. Era que Cristo, caminando á la cima del Gólgota, negociaba con Dios los intereses de la salud del mundo y se había rasgado ya la antigua constitución que formara solo crímenes. Escribíase una Nueva Ley que había de presidir todas las relaciones del cielo y de la tierra: la franquicia del mal, el perdón, la esperanza, la felicidad estipulada allí daba segura garantía de que los hijos de un padre culpable recobrarían sus derechos primitivos en aquella nueva era que se había abierto para el universo, en que deponiendo Dios el rayo de su justicia, satisfecha ésta, justificada su providencia y sanados los males de la naturaleza, la criatura, en una fecunda asociación, iba á unirse con su monarca el Hacedor supremo.

Tales eran las condiciones del tratado magnífico que Jesucristo estaba sancionando con Dios, pero que aun no estaba concluido. El cielo, inexorable, no quería ceder sus derechos, pues si bien había salvado al mundo, era porque el mundo, para salvarse de un castigo tremendo, se había asido de un hombre llamado Jesús; por consiguiente, lo único que se había alcanzado era el cambio de víctimas; el día bonancible de la alianza era el del sacrificio. Un mismo sol alumbraba el renacimiento del género humano y al Santo de los Santos, Jesucristo, que en sus últimos suspiros y derramando á borbotones su preciosa sangre, enrojecía con ella las tristes rocas donde estaba levantado su ignominioso cadalso. Ved, señores, un misterio mas grande que la creación, impenetrable como la naturaleza humana, incomprensible como la naturaleza divina; un misterio que produce en el corazón del hombre redimido impresiones dulces como la vida, terribles como la muerte, consoladoras como la salvación, luminosas como la revelación de los secretos mas

hermosos del mundo moral, fastidiosas como la bajeza de los verdugos. En tan diversos extremos, ¿qué hará, pues, el orador sagrado en este día en que la Iglesia nuestra Madre consagra á la sangre de su fundador augusto un recuerdo inmortal? ¿Haré que fijéis vuestras miradas en la resurrección del hombre ó en Jesucristo moribundo? ¿En las ventajas de un pasto divino ó en el sacrificio que lo ha sellado? El primer punto de vista es interesante; en él se explica toda la filosofía del cristianismo: Dios, la naturaleza, el hombre. Pero fijándome en éste, preciso sería olvidarme del Calvario, y el dolor universal toma hoy en él su dulce y sentimental júbilo. No consideraré, pues, este misterio bajo faz tan sublime. Valiéndome de las palabras de San Pablo que me sirven de tema, elevaré vuestra contemplación para que admiréis en Jesucristo, nuestro Pontífice santo, inocente, segregado de los pecadores y mas excelso que los cielos, la divinidad de la víctima en medio de sus dolores; un Dios que con su sangre paga el precio de nuestra libertad; por otro lado vereis en la preciosa sangre de Jesucristo una víctima manifiestamente divina:

Primero, por la naturaleza del sacrificio que ofrece;

Segundo, por la órden y consumación de este mismo sacrificio.

Triste María, dolorosa Madre, para que hable con el lenguaje que produce respetos sagrados, lágrimas santas y ternuras divinas, inquiriendo sólida devoción á vuestro Hijo moribundo, alcanzadme las luces del cielo; prostrado para el intento os invoco con el lenguaje que nunca remitís.—AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Talis enim decebat, etc.

A la presencia de esta sangrienta víctima que se levanta en el Calvario, cubierta con un velo de lágrimas y un manto de dolor, revuélvese allá en el fondo del corazón un no sé qué de violento que quisiera alzarse contra la Cruz con un grito de anatema. Sin embargo, por estos mismos indicios nos es necesario reconocer á un Dios hombre. En efecto, en vano hubiera podido reunir Jesucristo en su persona todas las notas de su divinidad; en vano hubiera podido mandar á la muerte; no fuera Dios si no hubiese sido vencido por ella. Era menester que la corona del poder se mezclase con la corona de espinas y la aureola del martirio con la aureola del milagro. Prueba de esta asercion es el principal carácter por que había de darse á conocer el prodigioso ministerio del Dios hombre, que con gemidos inenarrables pedía el universo. Era una expiación general de todos los crímenes y una expiación de naturaleza sangrienta.

Supongo incontestable el dogma de la decadencia primitiva, porque de otro modo las promesas divinas son cuentos alegres; las profecías visiones sin objeto; las figuras copias sin original; la venida de Jesucristo una fábula; el mismo Jesucristo un fantasma; los apóstoles unos falsarios é impostores, y el culto una vana y ridícula supersticion. Por otra parte, ¿cómo suponer que la naturaleza con sus males y espantosos desórdenes, con sus dolores y crímenes cual la vemos, haya salido del plan pri-

mero de las manos de su Criador? Seria preciso entonces dar á todos los pueblos y tradiciones un vergonzoso mentis. Lejos de esto confesemos que algo grave sucedió al hombre, formado á imágen y semejanza de Dios, al principio de su ser, contra las intenciones de su artífice soberano. Tal fué el origen del anatema fulminado contra el profanador del Eden. De aquí la distancia infinita entre el crimen y la santidad; de aquí el abismo en que yacia sumida una raza proscrita y malaventurada, y la noche oscura y de tinieblas en que se miraba sepultada. Pero de aquí tambien la necesidad feliz de un Pontífice Redentor, sin cuyo sacrificio expiatorio, el hombre caído no podia levantarse. Habia que elegir entre estos dos extremos: ó el hombre paga su deuda ó busca quien por él satisfaga. El hombre por sí no puede, porque la deuda es infinita. ¿Dónde, pues, encontrará la famosa víctima que se inmole con sangre de hombre y poder de Dios? En Jesucristo nuestra vida. El y solo él puede dar esta satisfaccion completa para llenarla como el mandatario del mundo. Es hombre para darle el poderío y la fuerza que salva, y es Dios. Ved aquí el gran prodigio que veía el universo á través de los siglos en un misterioso porvenir, conservando en su seno el sagrado culto de la esperanza; ved lo que pedía con lágrimas tiernas cuando saludaba á un Dios hombre, deudor de una expiacion, ofreciendo para el rescate universal en su persona adorable el gran sacrificio del tiempo y de la eternidad.

Esta es la idea que con respecto á esta vital tradicion se tenia en todos los lugares del mundo. Los profetas, sobre asunto tan grave, están explicitos y perfectamente de acuerdo con los magos; aun los libros de las sibilas, respetúmen fiel y exacto de ciertas tradiciones, hablan como los nuestros; y tambien los libros de la India y de la China nos presentan al cielo ofreciendo á Dios una oblacion sangrienta sobre la cima de un monte. No hay remedio, el excelso Pontífice que el mundo esperaba, debía estar marcado con el sello del dolor y su expiacion debía ser

cruenta, porque sin efusion de sangre no habia redencion. Esto profetizaba el culto antiguo con formidable energia. Mirad al hombre un momento despues de su primer crimen. Sus plegarias hasta entonces pacificas, se vuelven terribles. En lugar de una ofrenda apacible, echa mano de una victima que inmola. Corre á torrentes sangre de animales. Se erigen suntuosas hecatombes en las puertas de los templos, no creyéndose ningun pueblo exento de esta ley. El legislador, este hombre de vista perspicaz, que con tanto rigor combatia los usos mas indiferentes de las naciones idólatras, sucumbiendo á la necesidad de sangre, prescribió el sacrificio de animales frecuentemente magníficos.

¿Qué quiere decir esto, cristianos? Ha llegado el mundo al delirio de atribuir á la sangre vil de las victimas el poder de curar los crímenes? Nada menos que esto, pero el mundo tenia su fe en la expiacion de naturaleza sangrienta: así es que en la inmolation de los becerros y machos cabrios miraba el simbolo destinado para perpetuar en la sucesion de los tiempos esa preciosa tradicion de la esperanza.

Poned la atencion en este espectáculo horrible, capaz de turbar vuestra mente lastimando el corazon: una turba misteriosamente atenta y cruelmente devota; un hombre tendido y encadenado á un altar, junto á un sacerdote que empuña un fiero puñal; la sangre humana acaba de verterse en sacrificio, y sin compasion se arrancan á la victima las entrañas palpitantes. ¡Oh templos de las naciones todas, desde el poniente á la aurora y del septentrion al medio dia, vosotros sois testigos fieles de los horrosos holocaustos. El Egipto, el Africa, los pueblos del Norte, Roma y Grecia fueron profanados así. El Nuevo Mundo de México y del Perú, puro y virgen de todo contacto con las civilizaciones antiguas, fué sorprendido en sus soledades degollando sobre el altar de sus falsos dioses cada año á veinte mil hombres.

¡Fatal engaño! El género humano en tinieblas densas,

olvidado de Dios, anda fluctuando en sus ideas. Sabe que cuando quiera salir de su letargo ha de ganar su salvacion mediante la efusion de sangre purisima. ¿Qué hace entonces? Deja la sangre de los becerros y de las terneras; busca otra mejor y cree encontrarla, primero en los criminales condenados á muerte que convierte en victimas; despues en la de los extranjeros, prefiriendo la cabeza en que ha brillado una diadema; por último, guiado por una lógica sin piedad, hace caer al filo de la segur sagrada millares de cabezas angelicales, de tiernos infantes que se alimentan en los pechos de sus madres. Así marchaba el género humano buscando la vida á través de la muerte. Sin embargo, aun entonces, en el mas enorme de sus crímenes rendia, quizá á su pesar, homenaje á esta verdad sagrada: la naturaleza cruenta del sacrificio que debia salvarlo. No bastaba, dice San Pablo en su teología, la sangre de animales para que se borrassen los pecados; por eso el Hijo de Dios en su venida al mundo, dijo á su Eterno Padre en una celestial conferencia: "Tú no has querido sacrificio ni ofrenda, mas á mí me has apropiado un cuerpo; ni los holocaustos por el pecado te han agradado. Héme aquí que vengo ¡oh Dios! para cumplir tu voluntad. Séllese con mi sangre la paz eterna entre el cielo y la tierra." En efecto, señores, pensad conmigo ¿qué seria de nosotros sin la sangre del Calvario, cuál nuestra suerte y la de todos aquellos pueblos que no disfrutaban la iniciacion de las ideas cristianas? Amariamos una sangre inmunda, con la que se profanarian nuestros altares; con ella se regalarian nuestros ojos, torvos de sacra crueldad; un temblor convulsivo se apoderaria de nosotros, á presencia del cielo; fatigados buscaríamos en vano la quietud y la paz. Pero es muy otra nuestra felicidad. En el divino Redentor que poseemos, en el Calvario han caido las venganzas de un Dios. Mirad esa tormenta de justicia y de fueros que se arremolina en torbellinos de cólera, arrojando con impetuoso poderío sangre y mas sangre del cuerpo de Jesucristo tran-

aido de dolor. Acaba de ser vertida y al momento y como por encanto las maldiciones perdieron la marcha de la divina indignacion. ¿Dónde está la victoria de la muerte, dónde el imperio de Satanás, dónde el aguijon del pecado? Todo calló allí..... ¡Alégrese el mundo, enhorabuena, con la serena sonrisa del cielo! ¡Cante la tierra purificada con la sangre de tan ilustre victima! La seguridad de una paz perdurable, potente y apacible, diga y publique en una canción nueva, al ver á un Dios hombre morir y desaparecer como un giron sangriento de la sociedad de los hombres: ¡Oh feliz culpa, oh dichoso pecado que mereció tal y tan grande Redentor!

Ilustre sociedad de escogidos que habeis alcanzado una corona inmarcesible, ¿á quién debeis las palmas y los laureles, la calma y la tranquilidad, sino á la sangre del Cordero mártir? Invencibles en los tormentos que inventara la barbarie de la antigua Roma, ¿dónde alcanzásteis la fortaleza que venciera á los crueles verdugos? Vicente, Sebastianes, Tiburcios, Estébanes y Lorenzos, ¿dónde la alcanzásteis sino en la sangre de Jesus? Delicadas doncellas Ineses y Gertrudis, Angelas y Magdalenas, Teresas y Rosas, Claras y Catalinas, que sin gustar la copa encantadora, volásteis con alas de paloma á los nidos santos para recibir el abrazo del divino Esposo, ¿quién dió brios á la flaqueza del sexo y os infundió un ánimo tan varonil sino la preciosa sangre de Jesucristo? Confesores ilustres, héroes del cristianismo, robustas columnas de la Iglesia, Agustinos y Ambrosios, Gregorios y Crisóstomos, Ignacios y Domingos, ¿quién fué el autor de vuestras colosales empresas gloriosamente acabadas, sino la purísima sangre del Cordero? Solitarios y anacoretas de Egipto y la Tebaida, Pablos y Jerónimos, Brunos y Antonios, Macarios é Hilariones, sepultados en las cavernas y grutas de la tierra, ¿á quién debísteis esas resoluciones magnánimas tan opuestas á la corrupcion del siglo? Diréis muy bien que á la sangre inocente de Jesus. Pecadores y pecadoras de todos los siglos y de todos los

tiempos, Pedros y Pablos, Mateos y Marcelinos, Ciprianos y Fortinas, Eudosias y Margaritas, Marias y Pelagias, que inundásteis la tierra con vuestros escándalos, ¿quién mudó vuestro corazon apartándoos de los lugares del crimen y de la crápula? ¿Quién os hizo ejemplar de virtudes? Publicaréis en dulces baladas, cuyo eco resonará por toda la carrera de los tiempos, á la divina sangre de Jesus. Con razon, señores, hablando de la naturaleza y eficacia del sacrificio de nuestro adorable Pontífice, dijo como inspirado Casiodoro, que la sangre de Jesucristo podia compararse á un diluvio que ha anegado á todo el universo. Hé aquí la primera parte; pasemos á contemplar la divinidad de la Víctima en la órden y consumacion de este mismo sacrificio.

SEGUNDA PARTE.

En las religiosas costumbres de los pueblos, el sacrificio contenia dos partes muy distintas: una preliminar que empleaban en sacrificar las victimas, segun sus ritos dolorosos; y otra definitiva y suprema en que las victimas inmoladas sucumbian. Plugo á la gran Víctima del Gólgota adoptar el ceremonial en la celebracion y consumacion de su propio sacrificio: de ambos modos la victima se muestra patentemente divina: la primera parte del sacrificio de Jesucristo comienza en la entrada á Jerusalem

y se extiende hasta el lugar de su suplicio; mas claro, la compone el espacio que media entre el valle de Josafat y el Monte Calvario, à saber: el jardin de los Olivos, la sala del consistorio, el pretorio: hé aqui los teatros de su martirio: aqui es donde se ve al augusto é inocente Pontífice como ensayando su muerte con ignominias crueles, tormentos atroces, dolores inauditos: con sangre copiosa vertida, pero siempre noble y pura como el amor de Dios, independiente y libre como su poder, grande y majestuosa como la naturaleza de Dios. En otro tiempo la victima que se traía al pié de los altares y que forcejeando bramaba bajo la cuchilla sagrada, no sucumbia sino á la fuerza; pero de Jesucristo ¿quién, sin argucias maliciosas, puede pensar así cuando no obstante lo que sabe le espera en Jerusalem, se dirige allí con semblante sereno? Preciso es concluir que tan famoso reo no marcha al sacrificio por fuerza. Ya fuera de los templos habianse visto sacrificios magníficos, sublimes obsequios de voluntades heróicas, hermosísimos holocaustos entre los héroes y sábios que se entregaron á la muerte primero que doblegar la independencia de su palabra para obsequiar á su patria. Figuran Sócrates que sacrificó su vida al dogma de la unidad de Dios; Leónidas que fué él mismo á inmolarse al famoso altar de las Termópilas; y el anciano Régulo que entregó su cuerpo á los verdugos á sangre fria. Memorables son esos sacrificios y tanto cuanto puede serlo un hombre, pero ¿cómo parangonarlos con la oblacion de un Dios, que victima en la voluntariedad de su sacrificio ha exhalado de sus lábios, cual sople divino, estas hermosas palabras: *Padre mio, llegada es la hora, glorificada á vuestro Hijo: he anunciado vuestro nombre á los hombres: vos me los habeis dado, santificadlos en la verdad. Hijos míos, no os conturbeis, que no os dejaré huérfanos; rogaré por vosotros á mi Padre hasta mi postrer suspiro de amor y de misericordia.* Tal era el valiente y tierno lenguaje de nuestro querido Jesus, pocas horas antes de morir. Así se trasparentaban en una rápida

y ardiente efusion algunos de los sentimientos que se agolpaban en el corazon de esta ilustre victima; sentimientos jamás interrumpidos en el golfo de sus dolores. Tomad en vuestra mano la sagrada Biblia, esos divinos libros bajados del cielo para que rindan un justo homenaje á la fe santa.

Habia propuesto la antigua sabiduria pagana esta cuestion: ¿Quién es el mas grande entre los hombres? Y la resolvía del modo siguiente: Imaginaos un justo empleado solo en hacer bienes; puro como el cielo y ennegrecido como un forajido; digno de todos los premios y recompensas de la virtud, y abrumado con todos los castigos del crimen. Cuando sus contemporáneos se agitan para perderle, la muchedumbre le insulta y los poderosos le abandonan á los tribunales que le condenan; allí se le priva de todo lo que dá valor á la existencia: bienes, honor, libertad, desamparo de sus amigos; si este hombre permanece intrépido, le llamaremos grande hasta la perfeccion. Magnífico espectáculo sublime del cielo y de la tierra! Ahora, señores, recoged estos diversos rasgos salidos como furtivamente de los pinceles de Platon, Ciceron y Séneca, reunidlos para formar un hermoso cuadro, dad brillo á los colores y una proporcion colosal á la figura: despues de esto arrojad en medio del mundo ese retrato sin nombre, y el universo entero, sin titubear un solo instante, exclamará como Pilatos el procónsul: *Ecco Homo.* Ved al hombre. Hé aqui la quimera de los siglos, el perfecto ideal, el ilustre filósofo, el gran Dios de las naciones, el Pontífice inocente, santo, segregado de los pecadores y mas excelso que los cielos. En la cima de su grandeza los pueblos ingratos le desconocen, la muchedumbre le maldice, los pontífices le llaman blasfemo, los procónsules insensato, los reyes sedicioso, los esclavos le abofetean, escupiéndole aquel divino Rostro que desean ver los ángeles y que elevadas en éxtasis de gozo, no pueden alabar dignamente las estrellas de la mañana: sus discípulos y amigos le abandonan, huyendo en dis-

persion llenos de cobardía. Oye los sollozos que exhala el corazón de su desconsolada Madre como la siempreviva percibe su triste aroma sobre la tumba de los muertos. Recibe la sentencia de muerte con una tempestad horribilísima de azotes, que ha puesto su cuerpo virginal como un fierro candente: cíñe su frente la corona de espinas que abre setenta y dos ahujeros que manan sangre: carga sobre sus hombros la leña del sacrificio hasta llegar al lugar de su inmolacion, donde ha de purificar los elementos uniendo el cielo con la tierra. Allí, desnudo de sus vestiduras, se le perforan sus sagradas manos y pies, levantándole esa faz divina que cubre el cielo con el manto de la noche. Ha llegado la hora sublime de los grandes misterios. Jesucristo, cubierto de una palidez tristísima, balbuciente la lengua, exclama: *Elis, Elis Lamma Sabaethani*. Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Jesucristo agoniza, y sus lágrimas dejaron de correr y su corazón de latir. Jesucristo muere y entonces cayeron por tierra los altares de los idólos; y los ángeles vuelan al encuentro de las viejas generaciones, que se levantan de sus sepuleros y se tornan á la vida las cenizas heladas; se rasgan las entrañas de la noche y aparecen las tinieblas en la mitad del día. Habla el silencio de los patriarcas sepultados hacia mil años bajo las primeras capas de la tierra, que tiembla: suenan las voces de dos delincuentes, y entre las aguas del mar Muerto, se escuchan sordos gemidos de las potestades del infierno. Jesucristo muere derramando su sangre, y el globo, sintiendo desmoronarse, tiembla crujiendo sobre su incógnita base: gime el abismo de los mares: oýese el ronco sonido de la trompeta: claman los ángeles: la tormenta mugé y la tierra tiembla cada vez mas y mas de polo á polo, en tanto que las mujeres de Galilea, presagiando las angustias de Maria en su tristísima soledad, en fúnebre canción repetían: ¡Infeliz Madre, han inundado la aquellos torrentes de iniquidad que cayeron sobre Babilonia y las ciudades malditas! Y los mares, y el Ce-

dron, y el agua cenagosa de los lagos, y los manantiales infectos de sal y azufre, y la sangre del Haceldama, acudieron á sus ojos purísimos, porque ya no tenia lágrimas con que llorar en aquella catástrofe lastimosa de tres horas; y lloró entonces con el rocío de la mañana, con la densa bruma que se alzaba de los mares. ¡Pobre Madre! es su corazón henchido de dolor una rosa deshojada, un clavel arrancado de su tallo, una azucena descolorida y muerta, un aceitillo de mirra: sus entrañas están acibaradas en hiel, toda ella de ajeno y de retama. Silencio, dice una voz majestuosa, que el alma de Jesucristo rompiendo los vínculos de la naturaleza, se vá con la grandeza de un Pontífice que ha consumado su sacrificio á fuerza de sangre, repitiendo: *Consumatum est*. La voz mas dulce que el silbo del ruiseñor del Tabor y del Jordán, parece que enmudece en estas circunstancias. Entonces las palabras de los profetas resuenan como cien truenos. Isaías, Ezequiel, Jeremías, David y Daniel, repiten sus oráculos antiguos con mirada fija, fulminante y el pecho congojoso: *Vedlo*, dicen llorando, *muere por amor en la cruz*. La naturaleza entonces se pone de duelo para hacer las exequias á su inmortal Pontífice. Tinieblas espesas se levantan y corren precipitadamente á ponerse como una inmensa gasa sobre la frente del sol y como vasto crespon sobre la faz de la tierra, en tanto que los ángeles, presa de mortal desmayo, encogidas las alas, con lágrimas celestiales cantan en voz fúnebre con sus arpas de oro esta triste canción: "Digno es del honor el Cordero que murió por todos," pues siendo cual convenia, un Pontífice santo, inocente, segregado de los pecadores, despues de haber purificado al mundo mediante la copiosa efusion de su preciosa Sangre, ha ido á sentarse á la diestra de la Majestad Divina, en lo mas excelso de los cielos. Cristianos, entonemos nosotros tambien acá en la tierra, con profundo respeto, postrados ante esa sagrada imágen de Jesucristo, el invitatorio que la Iglesia nuestra Madre solemnemente ha cantado: *Christum Dei filium qui sua nos redimít sanguine, venite adoremus*.

¡Oh, Jesús mio, que en tu preciosa sangre nos has dado en el cáliz de bendición el vino generoso que engendra las almas vírgenes y que alegra el corazón del hombre; venga, Señor, esa sangre purísima y con ella la paz del siglo de oro sobre la Iglesia nuestra Madre, para su engrandecimiento; venga sobre nuestra nación, sobre esta infortunada Jerusalem, para que se reedifiquen sus muros, para que acabe el espíritu de rebelion que tiene á sus miembros desorientados, delirando con ensueños de quimérica grandeza y cubriendo con su manto el error, la aberracion y la injusticia y estrechando el horizonte de la virtud para corromper á los pueblos; y ya que há mas de treinta años por males tan graves no se escucha de nuestros labios melancólicos sino un triste miserere, llegue sin accidente el dia en que por vuestros méritos vayamos á la patria de los santos á entonar por la prosperidad de la nuestra un eterno aleluya!—Así SEA.

SERMON

DEL

DIVINO REDENTOR

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MEXICO
EL 21 DE JULIO DE 1839

POR EL

Dr. D. Tomás Francisco Lopez Rodriguez de Figueroa

CUEVA DE XALATLACO.

Ego sum via.

Joan., cap. 14, v. 6.

Yo soy el camino.

S. Juan, cap. 14, v. 6.

Dé en hora buena Xerjes la mas alta idea de su grandeza, abriéndose las puertas de las ciudades, porque se presenta con un millon de combatientes. Hágase respetar Alejandro, hasta el extremo de que á solo su nombre se sujeten los hombres y abandonen su defensa. Salgan en tropas los habitantes de los reinos y provincias rindiendo obediencia á un Holofernes, porque creen no poder resistir á sus inagotables tropas. El enviado de Dios, en cuyo conocimiento está vinculada la eterna felicidad, sin riquezas, sin ejércitos, sin magnificencia ni aparato, se hace mas acreedor al respeto, á la admiracion y al aplauso. Apareciendo segun lo deseaban los profetas y lo te-